

Tess Gerritsen

INCENDIO

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Playing with Fire*
Publicado en Estados Unidos por Ballantine
Books, Random House, un sello de Penguin
Random House LLC

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2015 by Tess Gerritsen. All rights reserved
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-845-9
Depósito legal: M. 19.173-2017
Printed in Spain

En recuerdo de Michael S. Palmer.

Julia

Ya desde el umbral de la puerta percibo el aroma a libro viejo, ese perfume de páginas frágiles y piel gastada. Los otros anticuarios de este callejón empedrado tienen el aire acondicionado puesto y la puerta cerrada para protegerse del calor; esta, en cambio, abierta de par en par, parece invitarme a entrar. Es mi última tarde en Roma, mi última oportunidad de adquirir algún recuerdo personal de mi visita. He comprado una corbata de seda para Rob y un vestido con muchísimos volantes para Lily, nuestra pequeña de tres años, pero aún no he encontrado nada para mí. En el escaparate, veo lo que ando buscando.

Me adentro en una oscuridad tal que a mis ojos les cuesta adaptarse. Fuera hace un calor insoportable, pero allí dentro se está fresco, como en una cueva a la que no llegaran ni la luz ni el calor. Poco a poco las siluetas van tomando forma entre las sombras y detecto estanterías atestadas de libros, baúles viejos y, en un rincón, una deslustrada armadura medieval. De las paredes cuelgan óleos, todos ellos chillones, feos y con etiquetas amarillentas que indican su precio. No había visto que el propietario estaba en la trastienda, y me sobresalta cuando de pronto se dirige a mí en italiano. Al volverme, me encuentro a un tipo menudo cuyas cejas parecen orugas copadas de nieve.

—Perdone —le digo—, *non parlo italiano*.

—*Violino?* —me dice, señalando el estuche del violín que cargo a la espalda. Es un instrumento demasiado valioso para dejarlo en la habitación del hotel y siempre lo llevo encima cuando viajo—. *Musicista?* —pregunta, y hace como si tocara el violín en el aire, reproduciendo con la mano derecha el delicado vaivén de un arco invisible.

—Sí, soy violinista. De Estados Unidos. He tocado esta mañana en el festival. —Aunque asiente por cortesía, dudo que haya entendido lo que le he dicho. Señalo el objeto que he visto en el escaparate—. ¿Podría verlo? Libro. Música.

Alarga la mano al escaparate, coge el libro de partituras y me lo entrega. Sé que es antiguo por la forma en que se deshacen los bordes de las páginas al tocarlas. La edición es italiana y la cubierta lleva escrita la palabra «gitano» y una imagen de un hombre harapiento tocando el violín. Lo abro por el primer tema, escrito en clave menor. No conozco la pieza, una melodía desgarradora que mis dedos ya ansían tocar. Sí, esto es lo que siempre ando buscando: música antigua y olvidada, digna de ser redescubierta.

Mientras hojeo las otras piezas, se escapa del libro una hoja suelta que cae aleteando al suelo. No forma parte del libro: es una hoja repleta de notas musicales anotadas a lápiz. El título de la composición está escrito a mano con elegante y florida caligrafía: *Incendio*, de L. Todesco.

Según voy leyendo la partitura, reproduzco las notas mentalmente y, con solo unos compases, ya sé que este vals es hermoso. Comienza con una melodía sencilla en mi menor, pero, hacia el compás dieciséis, se complica; en el sesenta, las notas empiezan a amontonarse y se producen accidentes discordantes. Vuelvo la hoja y, al otro lado, encuentro decenas de anotaciones. Una serie de arpeggios, rápida como un rayo, transforma la melodía en un torbellino de notas que me erizan el vello de los brazos.

Tengo que llevarme esta música.

—*Quanto costa?* —pregunto—. ¿Esta página y el libro entero?

El propietario me observa con picardía.

—*Cento.*

Saca un bolígrafo y se escribe la cifra en la palma de la mano.

—¿Cien euros? ¿No lo dirá en serio?

—*E' vecchio.* Antiguo.

—No es tan antiguo.

Por cómo se encoge de hombros deduzco que o lo tomo o lo dejo. Ya ha visto la avidez en mis ojos; sabe que, si me pide una suma desorbitada por ese viejo compendio de canciones gitanas, la pagaré. La música es mi única extravagancia. No me interesan las joyas, ni la ropa ni los zapatos de diseño; el único complemento que valoro de verdad es el violín centenario que llevo a la espalda.

Me entrega un recibo y salgo de la tienda al calor vespertino, pegajoso como un jarabe. Qué raro que estuviera tan fresca allí dentro. Vuelvo la vista al edificio, pero no veo ningún aparato de aire acondicionado, solo ventanas cerradas y unas gárgolas gemelas encaramadas sobre el frontispicio. Un rayo de sol llega hasta mí, reflejado en la aldaba de bronce en forma de cabeza de Medusa. La puerta está cerrada, pero el dueño me mira por el escaparate polvoriento, luego baja el estor y desaparece.

A Rob, mi marido, le encanta la corbata que le he comprado en Roma. Delante del espejo de nuestro dormitorio, se anuda con pericia la lustrosa seda alrededor del cuello.

—Justo lo que necesito para animar un poco ese tostón de reunión —dice—. Igual con estos colores logro mantenerlos despiertos mientras repaso las cifras.

A sus treinta y ocho años, sigue tan delgado y en forma como el día de nuestra boda, aunque el último decenio le haya teñido

de plata las sienes. Con la camisa blanca almidonada y los gemelos de oro, mi marido, criado en Boston, presenta la viva imagen del meticuloso contable que es. Para él todo son números: pérdidas y beneficios, pasivo y activo. Contempla el mundo en términos matemáticos y hasta sus movimientos son de una absoluta precisión geométrica, como el arco que forma la corbata al trenzarse para componer el nudo perfecto. ¡Qué distintos somos! Los únicos números que me importan a mí son los de las sinfonías, las obras y los compases de mi música. Rob le dice a todo el mundo que por eso lo atraje, porque, al contrario que él, soy una artista y una criatura etérea que danza al sol. Antes me preocupaba que nuestras diferencias pudieran distanciarnos, que Rob, que siempre tiene los pies tan bien plantados en el suelo, se cansara de impedir que su etérea esposa se alejase flotando hacia las nubes, pero diez años después aquí seguimos, aún enamorados.

Me sonrío en el espejo mientras se aprieta el nudo.

—Te has despertado tempranísimo esta mañana, Julia.

—Aún vivo con la hora de Roma. Allí ya son las doce del mediodía. Es lo bueno del desfase horario: piensa en todo lo que me va a dar tiempo a hacer hoy.

—Me temo que estarás agotada a la hora de la comida. ¿Quieres que lleve yo a Lily a la guardería?

—No, hoy prefiero que se quede en casa. Me siento culpable por haberla abandonado toda la semana.

—No tienes por qué. Vino tu tía Val y se encargó de todo, como siempre.

—Ya, pero la he echado muchísimo de menos y hoy quiero pasar con ella hasta el último minuto.

Se vuelve para enseñarme su nueva corbata, perfectamente centrada en el cuello de la camisa.

—¿Qué planes tienes?

—Hace mucho calor, así que creo que iremos a la piscina. Y puede que luego pasemos por la biblioteca a por libros nuevos.

—Suenan bien. —Se inclina para besarme; su rostro recién afeitado desprende un intenso olor a cítrico—. Lo paso fatal cuando viajas, cariño —me susurra—. A lo mejor la próxima vez me pido la semana libre y voy contigo. ¿No sería mucho más...?

—¡Mira, mami! ¡Mira qué bonito!

Nuestra pequeña de tres años entra en el dormitorio bailando y dando vueltas, luciendo el vestido nuevo que le he traído de Roma, el mismo que ya se probó anoche y que se niega a quitarse. Sin previo aviso, se lanza a mis brazos como un misil y las dos nos desplomamos sobre la cama, muertas de risa. No hay nada tan dulce como el olor de un hijo propio, y siento ganas de inhalar hasta la última molécula de su ser, de volver a absorberlas en mi propio organismo para que seamos una de nuevo. Mientras abrazo a ese manojito risueño de pelo rubio y volantes de color lavanda, Rob se tira a la cama y nos envuelve a las dos con sus brazos.

—Tengo aquí a las dos chicas más guapas del mundo —declara—. Y son mías, ¡mías, las dos!

—Quédate en casa, papá —pide Lily.

—Ojalá pudiera, cielo. —Le da un sonoro beso en la cabeza y, a regañadientes, se levanta—. Papá tiene que trabajar, pero vas a estar todo el día con mami. ¡Qué bien!

—Vamos a ponernos el bañador —le digo—. Lo pasaremos en grande las dos.

Y así es. Chapoteamos en la piscina municipal. Comemos pizza de queso y helado, y vamos a la biblioteca, donde Lily elige otros dos libros ilustrados con dibujos de burros, su animal favorito. Pero, cuando llegamos a casa hacia las tres, me caigo de cansancio. Como Rob ha predicho, he empezado a notar el desfase horario y muero de ganas de meterme en la cama a dormir.

Por desgracia, Lily está despiertísima y ha sacado al patio, donde dormita nuestro gato, Juniper, la caja de sus ropitas viejas de bebé. Le encanta disfrazarlo, y ya le ha puesto un gorrito en la cabeza y le está metiendo una de las patas delanteras por una manga.

Nuestro paciente gato viejo lo aguanta todo como siempre, sin que parezca importarles que lo vistan de encaje y de volantes.

Mientras a Juniper lo preparan para su pase de modelos, saco al patio el violín y mi música y abro el libro de tonadas gitanas. La hoja suelta vuelve a desprenderse y cae a mis pies boca arriba. *Incendio.*

No he vuelto a mirar estas partituras desde que las compré. Ahora, mientras fijo la página al atril, pienso en aquella lúgubre tienda de antigüedades y en el anticuario, medio escondido como una criatura cavernaria en su trastienda, y se me pone la carne de gallina, como si el frío de esa tienda siguiera adherido a la música.

Cojo el violín y empiezo a tocar.

En esta tarde húmeda, mi instrumento suena más profundo, más intenso que nunca, con un tono melodioso y cálido. Los treinta y dos primeros compases del vals son tan hermosos como había imaginado, un lamento en un luctuoso barítono. Pero, en el compás cuarenta, las notas se aceleran. La melodía tira y afloja, sacudida por alteraciones, y salta a la séptima posición de la cuerda de mi. Procuero mantener el tempo y no desafinar, y me suda la cara del esfuerzo. Siento que el arco tiene vida propia, que se mueve como embrujado y yo solo me aferro a él. ¡Qué maravilla! Qué obra maestra, si consigo dominarla. Las notas ascienden por la escala. De pronto, pierdo el control y desafino; la melodía se desboca y siento calambres en la mano izquierda.

Una manita me agarra la pierna. Algo cálido y húmedo me mancha la piel.

Dejo de tocar y bajo la vista. Lily me mira desde abajo, con esos ojos tan claros como el turquesa del mar. Aun cuando, sobresaltada, le arrebató la herramienta de jardín de la mano cubierta de sangre, nada perturba sus serenos ojos azules. Sus pies desnudos han dejado huellas en las baldosas del patio. HorrORIZADA, sigo las huellas hasta el origen de esa sangre.

Entonces es cuando empiezo a gritar.